

Se despierta un minuto antes de que suene la alarma del reloj. Como siempre. Aguarda sin moverse, enroscada dentro del sudado capullo de las sábanas, a que pite el despertador, que apaga de inmediato, y a que, instantes después, resuene por el patio el latigazo de la persiana del vecino o vecina al levantarse. Como siempre. Qué extraño, se dice una vez más, llevar escuchando treinta años la sincronía sonora de esa persiana y no saber a qué vecino o vecina pertenece. Se sienta en la cama apoyando ambas manos en el borde del colchón, mete los pies en las chanclas dadas de sí que alineó anoche y se levanta de un solo movimiento. Todavía está ágil. Arrastra los pies hasta el pequeño cuarto de baño de anticuados azulejos rosados y se da una ducha tibia de cinco minutos. Como siempre. Se viste sin prisas con la ropa que ha dejado preparada en la silla; las bragas de florecitas, el cómodo sujetador gris, los pantalones de algodón también grises, el jersey de media manga y cuello redondo verde oscuro, los calcetines negros, los mocasines negros. Como siempre. Se lava los dientes; se arregla el pelo, corto, ondulado y canoso; extiende con cuidado una crema adecuada alrededor de los ojos, otra distinta para la cara y el cuello, una tercera para las manos algo manchadas por la edad; se da un poco de sombra marrón en los párpados, aplica una ligera base

de maquillaje sobre el rostro y añade dos pequeños toques de colorete en los pómulos, un modesto rasgo de coquetería del que es incapaz de prescindir; por último, se pone dos gotas de su colonia floral detrás de las orejas. En todo el ritual de acicalamiento ha empleado siete minutos exactos. Como siempre. Camina por el largo y oscuro pasillo hasta la cocina y mira por la ventana el pedacito de cielo que deja ver el patio interior, intentando adivinar qué tiempo hará y si tendrá que coger el paraguas o no. Como siempre. Dado que la observación no es concluyente y que ayer cayó un breve pero copioso chaparrón veraniego, abre a disgusto la aplicación meteorológica en su teléfono móvil y confirma que no va a llover. A continuación, con movimientos precisos y repetidos mil veces, se prepara un café instantáneo con leche y lo calienta en el microondas mientras come cinco medias nueces (buenas contra el colesterol) y desenvuelve la torta de anís que dejó lista sobre la encimera amarillenta. Tres minutos después, ya desayunada, regresa al cuarto de baño para un nuevo cepillado de dientes breve pero imprescindible y, a continuación, con la chaqueta de algodón gris bajo el brazo por si el aire acondicionado o por si refresca y el amplio bolso al hombro, Clarita sale de casa. Y vuelve a entrar. Y sale. Y entra de nuevo. Y sale a la tercera de manera definitiva. Como siempre.

Sin embargo, hoy no es como siempre. Hoy es un día especial; a decir verdad, un día único en su vida. Hoy se jubila. Hoy es la última vez que coge el autobús 2 a esta hora, o al menos la última vez que debe hacerlo por obligación. Mira alrededor: conoce a muchos

de los pasajeros, sólo de vista, son habituales. Forman parte del paisaje de su vida, como la persiana forma parte de la banda sonora. Dejará de coincidir con ellos y nunca habrá sabido quiénes son. Ellos tampoco saben quién es ella. ¿La echarán de menos? Seguro que no. ¿Y en su trabajo? Se aprieta tres veces con disimulo el lóbulo de la oreja derecha entre el pulgar y el índice. Es una manía que le consuela y hoy se siente inquieta. Los cambios no son buenos para Clarita.

Empuja la pesada puerta de latón y cristal ahumado y entra en el vestíbulo del banco. Es la sede central del banco privado Arteaga y se aloja en un edificio histórico y catalogado, de ahí el vetusto portón y el interior novecentista y señorial. A la izquierda, unas paredes correderas de cristal llevan a las oficinas bancarias abiertas al público; a la derecha, un vano con molduras conduce a una entrada vigilada con escaneo de bolsos y un arco de detección de metales. Por ahí se va al edificio nuevo, que es donde están las oficinas, las plantas nobles de la presidencia, los sótanos de la bóveda del dinero y las cajas de seguridad. Clarita coloca su bolso y el móvil en la cinta, pasa por el arco, dice buenos días. El guardia contesta:

—Mmmm.

Ni la ha mirado. Como siempre. Clarita suele ser invisible, cosa que en realidad le agrada. Por eso ha llegado a dominar el arte de vestirse de la forma más aburrida posible.

Está esperando el ascensor cuando advierte cierto revuelo a sus espaldas. Escucha decir al guardia un «¡Buenos días, señor!» resonante y solícito. Mira por

encima de su hombro y ve avanzar a paso de carga a don Cristóbal Arteaga y Falcó, sexto presidente de la entidad, flanqueado por tres de sus directivos. En ese momento se abren las puertas de uno de los dos ascensores y la pequeña comitiva pasa por delante de Clarita y entra en el habitáculo; uno de los acompañantes del presidente, Ángel Garcés, director de Cuentas Patrimoniales, se vuelve hacia la mujer y le hace un gesto imperativo con la mano para que no se mueva. Como si ella no conociera bien la ley no escrita que prohíbe a cualquier empleado del banco subir en el mismo ascensor que el presidente. Pero, claro, Garcés es un súbdito especialmente pelota, piensa Clarita mientras observa cómo se cierran las puertas ante sus narices. Por eso ha hecho ese gesto tan ostentoso, un ademán teatralizado no dirigido a ella sino al presidente, para que Arteaga vea lo bien que cuida de él y cómo se desvive por protegerlo. Se pellizca el lóbulo tres veces. La estupidez humana siempre la pone un poco nerviosa.

Clarita trabaja en el cuarto piso, justo debajo de las dos plantas nobles. Como si se tratara del infierno de Dante, el empleo es mejor a medida que subes. En realidad ya lo dice la palabra misma, *ascender*, reflexiona la mujer, que ama este tipo de juegos verbales: asciendes y subes por el edificio, como es natural. La carrera de Clarita no ha sido brillante, pero es eficiente y confiable y lleva treinta redondos años empleada en el banco. Entró con treinta y cinco, de lo que se deduce que ya había tenido una vida antes, aunque Clarita prefiere olvidarla. En el Arteaga empezó cara al público, lo cual supuso para ella un sufrimiento terri-

ble. ¡Tonta, bruta, imbécil!, se insulta a sí misma mentalmente, recordando con bochorno su penoso desempeño en aquellos tiempos. Ni siquiera hoy consigue entender cómo fue que no la despidieron en esa etapa aciaga: su torpeza en el trato con la gente es memorable. Tonta, bruta, imbécil. Por fortuna, pronto la pasaron a la primera planta; tras cuatro años subió a la segunda, a continuación a la tercera y por último a esta cuarta, en la que lleva siete años y sigue siendo el último mono. Es adjunta a la subdirección de Operaciones. Lo que quiere decir que la tienen de chica para todo. O que la han tenido. Ficha Clarita